

XV

DOS CONTRA CUARENTA

Al ver cómo caía Remy Belleau, atravesado el cráneo por la inexorable estocada de Spolto, el duque Rolando había gritado: — ¡A muerte! Y apenas oído este grito los miñones del rey alineáronse, altas las espadas, animados del propósito firmísimo de poner término á la existencia del osado Sed de Amor.

Es pues de suponer que el salón de Coconás habría sido teatro de una lucha sangrienta si en aquel preciso momento no hubiese aparecido á la puerta del mismo el duque de Guisa, pronunciando con voz ruda estas palabras:

— El rey está en peligro, señores. ¡A la torre! ¡A la torre!

Palabras que eran algo así como el *alea jacta est* del pretendiente, quien cambiando sus baterías, pasaba bruscamente de la actitud expectante á la de agresor.

Para proceder de esta suerte no le faltaban en rea-

lidad poderosas razones. Cerca ya de media noche, observando que el rey se obstinaba en permanecer invisible, y comprendiendo que cuantas disposiciones había tomado para apoderarse de él á favor de un tumulto durante el bailable iban á resultar inútiles, envió á Montluc á que tomase informes. Su delegado regresó poco tiempo después, portador de noticias inverosímiles.

El señor de Balagny habíase enterado en efecto de que el rey debía encontrarse en la torre de Nesle, prisionero de Mammouth el rojo y de Gaultfarault, rey de Thunes, á quien la reina Catalina había concedido el marquesado de Villanueva-Marsan.

¿Con qué objeto habíase realizado la asociación del poderoso hereje y del jefe de los truhanes? No era empresa fácil la de averiguarlo enseguida, porque en aquel preciso momento un verdadero ejército de hampones se hallaba al pie de la torre, rodeando ésta y aislándole del Hotel; pero resultaba indudable que la situación de Enrique de Valois, privado de sus favoritos y de sus guardas, debía ser de las más difíciles, como lo probaba el hecho de que guardas y favoritos hacían señales desesperadas, desde la ventana del cuarto en que se hallaban encerrados, en el tercer piso de la torre.

Oyendo estas razones de su enviado, el duque de Guisa temblaba de cólera mal contenida.

— ¡Tan bien elaborado como estaba mi plan! — murmuraba. — Tendría que ver que yo naufrague cuando estoy á la vista del puerto... ¿Será que ese

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

pagano y su compinche el truhán forman el granito de arena contra el cual va á tropezar la cruz lorenese?

— ¿Un grano de arena? — exclamó la duquesa de Montpensier. — ¡Ánimo, hermano! Demos el asalto á la torre con pretexto de acudir en ayuda del rey... Mis tijeras han de cortar su cabellera antes de mucho.

Juan de Montluc se encogió de hombros.

— Precisamente, — dijo, — habéis hablado mucho y muy alto de vuestras famosas tijeras, duquesa. La reina Catalina les ha tomado miedo, y en este momento atraviesa los puentes á la cabeza de los arqueros escoceses de Larchant y de los regimientos reales movilizadas con urgencia.

Así era en efecto. Enterado por sus espías de los preparativos de la conspiración en las primeras horas de la noche, el Prevoste de París habíase decidido á intervenir, y gracias á Gaspar Mouvette pudo conseguir que se le recibiera en el Hotel de Soissons. Una vez allí, el magistrado enteró á Catalina de Médicis, del peligro aún reciente al que había escapado el rey en la calle de San Antonio, y del nuevo golpe de mano que los Guisas, furiosos por el primer contratiempo, tenían preparado para aquella noche. Decíase que persuadido de que ningún peligro le amenazaba y esperando recoger tan solo aplausos y bravos, Enrique III habíase entregado inconscientemente á sus enemigos, que debían aprovechar la ocasión para tonsurarlo, arrojarle á un claustro, y obtener de él una abdicación voluntaria. Realizada ésta, ocuparía el trono el duque de Guisa, quien había distribuído ya no pocos cargos,

designado jefes, y concedido á cada uno de sus partidarios un empleo ó un mando.

Alocada la vieja é intrigante reina al escuchar de labios del Prevoste tan alarmante relato, hubo de salir de la estudiada torpeza en que parecía sumida, y en aquel momento podía temerse todo, de aquella lobamadre que hiciera decapitar á Montgomery, matador involuntario de su esposo, á quien ella detestaba.

Quando el duque Enrique de Guisa se hubo enterado de todo lo que antecede, convencido de que se imponía una decisión pronta y enérgica, prefirió dejar para más tarde la muerte del joven aventurero á quien él mismo había condenado, y llamó en su auxilio á los encargados de ejecutar á Sed de Amor.

Su grito: « El rey está en peligro » hizo que quedara desierto en breves segundos el salón de Coconás. Ligueros y conservadores, formando un solo grupo, se precipitaron tras el jefe, atravesando rápidamente los tres salones de la fiesta, en los que ya reinaba un desorden indescriptible, para lanzarse hacia la escalera principal. Disponíase á seguirlos Sed de Amor, cuando se vió detenido por Fiamma.

— Nuestro camino debe ser diferente, — dijo la joven. — Llegaremos antes que ellos, caballero.

— Tal vez. Sin embargo, si al pasar por junto á ella se les ocurre á esos malditos la idea de atacar á la marquesa de Villanueva... creo que no estaría mal que yo me encontrase allí cerca para defenderla.

— Ningún peligro corre entre Luisa de Lorena y la esposa del gran Prevoste.

Sed de Amor hubo de rendirse á la evidencia de tan justo razonamiento y se dispuso á seguir á Fiamma.

— Querida Fiamma — le dijo — sospecho que el gran marqués y Glorieta deben encontrarse en algún sitio de esa torre...

— Y el maestro también; — dijo ella.

— ¿Bar Cobral?

— Bar Cobral ó Sidi Salem, como queráis. Ha jurado dictar al rey esta misma noche sus condiciones.

— Pues no le arriendo la ganancia, porque el marqués de Villanueva no me parece hombre capaz de tolerar ese desafuero. El encuentro entre esos dos hombres puede ser temible. Conviene, amiga Fiamma, que lleguemos á la torre antes que nadie.

— En ella estaríamos ya, caballero, — dijo la joven — si os hubierais dignado escucharme.

Tomándolo entonces por la mano, lo hizo pasar á las habitaciones de Enriqueta de Cleves por el escondite de macabra memoria del que ya hablamos en su tiempo, y descendieron juntos la escalera corta.

— ¿Qué hora puede ser, caballero? — preguntó Fiamma, preocupada.

— Singular pregunta á fe mía; me parece que es la hora de ir á dar un palizón á ciertas gentes poco correctas y á determinados malandrines de corte. Vamos, vamos, que los apóstoles me parecen pocos en número para que puedan resistir el choque que les espera...

— ¿Los apóstoles? En fin, bueno, pero yo quisiera saber qué hora es.

— Sois tan hermosa como testaruda, querida

Fiamma; — dijo Bernardo algo impaciente. — Sabed pues que es la hora de los crímenes y de los amores; media noche.

— ¡Media noche! — repitió la joven disfrazada de japonesa. — ¡Pronto, pronto, por aquí!

En vez de volver á la derecha, como lo hiciera con Glorieta, torció hacia la izquierda, marchando tan de prisa que á Bernardo le costaba trabajo no perderla de vista. Por fin, luego de recorrer no pocos pasillos cuyos espesos muros no dejaban pasar el menor ruido, encontráronse bajo la bóveda de una especie de pórtico enladrillado, en el fondo del cual distinguíase una puerta de roble macizo y claveteado.

En aquel preciso momento resonaron en la bóveda fuertes golpes que alguien daba del lado allá de la puerta.

— ¿Qué es eso? preguntó Sed de Amor sorprendido.

— ¡Silencio! Escuchad...

Fiamma acercó su oreja á la puerta, movimiento que no tuvo necesidad de imitar nuestro aventurero para oír cómo gritaban desde fuera: « A todo. »

La joven poseía la llave de aquella puerta misteriosa. ¿Cómo se la había procurado? Eso es lo que no sabemos decir: bástenos con dejar consignado que aquella se abrió inmediatamente después de pronunciadas las dos palabras que anteceden.

— ¡Que el diablo me lleve si sé qué animal es éste! — exclamó Sed de Amor sorprendido al recibir entre sus piernas el choque de un cuerpo duro que se movía frotándose contra ellas. Pero al punto aumentó su sor-

presa al reconocer á los que llegaban por la puerta que abriera Fiamma. Eran estos, además del perro *Diógenes*, el escudero de Bonaguil, Cortansio, y un hombre á quien Bernardo confundió con el gran marqués.

— ¡Ah, monseñor! exclamó llevando la mano á la toca. Pero no acabó el iniciado saludo. Sorprendióle en efecto muy desagradablemente la actitud lamentable del noble anciano, quien tenía los ojos enrojecidos y repetía con tono lacrimoso :

— ¡Tripas y bofes! ¿Dónde estoy? ¿Dónde me llevan? Yo quiero saber á donde voy. ¡Ah, maldito Gaspar Mouvette! Me ha hecho caer en un avispero ese animal inundo; pero como yo pueda...

— Sospecho, — dijo Fiamma á Bernardo — que confundís á ese vulgar llorón con el gran marqués. Miradle bien y comprenderéis que eso no es más que su caricatura. Digo, sí; además, es su prisionero. No lo perdais de vista, amigo mío, y vamos adelante.

Aloir estas palabras, por la mente de Sed de Amor pasó el recuerdo de la entrevista que tuviera con el gran marqués en el cuarto de la marquesa, y comprendiendo que se había dejado burlar por el rey del Argot, instalado en el Hotel de los Villanueva en lugar del cautivo de Vincennes á quien Catalina de Médicis creía muerto, no pudo reprimir una sonora carcajada. Segundos después poníanse todos en marcha por este orden : Fiamma delante; tras ella Cortansio y Gauffrault, y cerrando la marcha Sed de Amor, junto al cual brincaba lleno de gozo el buen *Diógenes*.

.....

Ni el profundo dolor de que daba palmarias muestras el señor de Villanueva, ni tampoco la trágica muerte de su mago rojo eran cosas que pudiesen afectar durante mucho tiempo á Enrique III. Éste lamentaba más la pérdida de un poco de sangre de uno de sus perros, que la de toda la de un cristiano. Tenía repugnancias femeninas; y si apartaba la vista del cadáver era más por asco que por miedo.

— ¡Por la santa misa! — murmuró á modo de oración fúnebre; — me equivoqué no poco al investir de plenos poderes á ese herético. Es indudable que habría abusado de ellos, ni más ni menos que Villequier. Dime, Jacobo, — añadió mirando oblicuamente á su interlocutor — supongo que si lo has matado, cosa que debe haberte dado bastante que hacer, porque el hombre era duro como él solo, lo habrás hecho para vengarte de las violencias que cometió contigo cuando hacías el muerto en la piel de un dogo.

— Señor, — contestó el gran marqués moviendo la cabeza — la piel de ese animal me estaba en efecto destinada, pero nadie logró verme dentro de ella.

— Calla, tienes razón... Ahora recuerdo que ya me has dicho algo de eso... ¡Bien se burló de mí ese mago! Y creo que me dijiste también el nombre del difunto profanado de ese modo...

— Vuestra memoria es excelente, señor.

— No tal : y necesito que me la refresques. Se trataba...

— De un gentilhombre difunto á quien conducía en su asno un campesimo bearnés.

— ¡Ah, si, du Gaz!... Era du Gaz. Un favorito mío, víctima de la audacia de ese aventurero cuya cabeza ha sido puesta á precio!

Estremecióse el de Villanueva, y dijo con visible esfuerzo:

— Perdonad, señor, pero la verdad ante todo. Vos ignoráis sin duda que debéis la vida á ese hombre.

— ¿Cómo, era él? ¿El de la calle de San Antonio?...

— El mismo.

— Buen puño el suyo, marqués, — dijo el rey recordando.

— Además, — añadió el prócer — no puede ser en modo alguno el matador de Juan du Gaz, puesto que Juan du Gaz vive...

— ¡Pues es verdad! Como que se me apareció y fué precisamente la causa de... ¡Pero qué de complicaciones en todo este asunto!

— Más, muchas más de las que puede pensar vuestra majestad. Bernardo de Arma, ese á quien se llama con espanto el entortador, es conde de Armañac y duque de Saboya-Nemours... Por mi honor os juro que es e hijo legítimo de Blanca de Vertu, y de mi desgraciado hermano Jacobo que veis ahí...

Y al decir esto, el noble marqués señalaba con el dedo el cuerpo tendido sobre las baldosas.

El rey retrocedió ligeramente.

— ¡El Espíritu Santo me ayude! — dijo con extrañeza. — Pero si el de Arma es todo eso que acabas de decir, ¿qué es entonces el Nemours de mi corte?

— Dígnese vuestra majestad escucharme; — imploró

el marqués. — El otro, el de vuestra corte, no es más que un bohemio de Egipto, un bandido, un ladrón... El duque de Guisa lo ha comprado, y como buen Judas, pretende entregar á su amo. Escuchad, señor...

En las márgenes del Sena produciáse sin duda gran rumor, que llegaba confuso hasta la habitación en la que hablaban el rey y Villanueva. Las compañías de socorro enviadas por la reina madre hallábanse aún á bastante distancia; pero la refriega había comenzado ya, al pie de la torre de Nesle. Oíase en efecto el ruido de tiros, arcabuzazos, gritos y blasfemias. Dirigidos por el *tio Hipo* y por Divina la loca, los truhanes procuraban en vano impedir el paso á los asaltantes, que los atacaban por todas partes, pues trabucaires españoles y asalariados alemanes llegaban en gran número, procedentes del Hotel de Nesle.

— ¡Paso! — gritaban abajo algunas voces. — ¡Plaza á Enrique de Lorena que llega á salvar al rey!

Enrique III percibió claramente estos gritos. Retrocediendo algunos pasos preguntó angustiado:

— ¡Salvarme! ¡Pero de qué? ¿Qué peligro me amenaza?

— El peligro debo constituirlo yo, señor; — dijo el gran marqués sonriendo con amargura.

— ¿Tú un peligro para mí? ¿Mi súbdito más leal?

— Doy gracias á vuestra majestad por esa palabra, y me permito explicarle que el duque de Guisa necesita, para introducirse impunemente hasta el retiro de su soberano, necesita un pretexto. El pretexto es ese: que vuestra majestad peligra cerca de mí. Pero si el

pretendiente llega á entrar, cuando yo haya muerto, naturalmente...

— ¿Qué sucederá? preguntó ansioso el rey.

— Que deberéis escoger, señor, entre la abdicación ó el puñal.

A no ser por la pintura que las cubría, hubiérase podido ver palidecer las mejillas del monarca al oír estas fatídicas palabras.

— ¡A ese extremo hemos llegado! — dijo suspirando.

— ¡Todavía no, cruz de Cristo! — afirmó Villanueva enderezando orgullosamente el recio busto. — Sabed sin embargo, señor, que si vuestra madre ordenó que se me asesinara para poder entregár mi hija al miserable que lleva nombres, honores y títulos robados; si creyéndome ya muerto me substituyó por un desgraciado truhán que tiene conmigo bastante parecido, el falso Armañac ha pensado en aprovechar esta circunstancia para acusarme á mí, es decir, al hombre de quien se dice que soy yo, de regicida, y deshonorar mi muerte con tal acusación.

— ¿Un regicidio?

— Sí, señor. El impostor que ha vivido bajo mi techo los tres últimos días, estaba invitado á esta fiesta como tal marqués de Villanueva-Marsan. Se pretendía introducirle subrepticamente cerca de vuestra majestad, hacerle desempeñar una comedia, simulando un atentado, y sorprenderle en flagrante delito de regicidio. Esos cobardes habían combinado su plan admirablemente. Villanueva, difunto ya una vez, debía morir

otra vez más, en el cadalso... Afortunadamente yo he hecho que fracasen esos planes asegurándome de la persona del indigno cómico, es decir, del falso marqués; y los traidores tendrán que habérselas con el compañero de Montmorency cuando solo esperaban hallarse con la sombra del mismo.

Hermoso en verdad estaba el marqués al pronunciar estas palabras. El rey no pudo por menos de admirarle, murmurando entre dientes:

— He aquí un guerrero roblizo, al que no debí lanzar contra Mammouth el rojo. Con dos colosos de ese temple junto á mí, ¿qué podía yo temer?

Luego hubo de pensar en lo que de audaz había en la intriga que acababa de serle revelada; y no pudiendo creer que entre las personas que de ordinario le rodeaban hubiese una siquiera con bastante ingenio para combinar planes tan maquiavélicos, dedujo que en todo aquello debía andar, más ó menos oculta, la mano de su madre.

— Mi pobre Jacobo, — dijo estremeciéndose — oye esos golpes que dan á la puerta de la torre, que va á ceder, con seguridad, de un momento á otro. Anda á buscar mis gentileshombres y mis guardias, que no es bueno nos encontremos solos contra todos...

— Yo no estoy solo, señor; — contestó el prócer. — Hállanse conmigo mis apóstoles, y muy probablemente vuestra majestad tendrá ocasión de ver á su lado al mismo á quien perseguía con resentimiento; al hombre que ha de ser, estoy de ello seguro, el más temible de los campeones del trono.

El rey lo miró azorado.

— Mucho temo — dijo — que hayas tardado más de lo conveniente en llamar á los tuyos en nuestra ayuda. Los traidores están ya ahí...

Oíase en efecto temeroso rumor en la escalera de caracol de la torre pequeña. Rechazados los truhanes, los sitiadores acababan de derribar la puerta de hierro y ya subían. Oíase el ruido de sus botas en la escalera, y el de sus armas al chocar contra la pared de la misma.

Entonces el gran marqués se envolvió en su manto, é hizo oír agudo silbido que debía ser sin duda una señal convenida de antemano, por cuanto Gualberto y Silvan Peiragude, que como sabemos se encontraban apostados en la antecámara, lejos de disponerse á vender caro sus vidas, corrieron á unirse con los otros apóstoles en el piso superior.

Mientras tanto, los partidarios de la liga, precedidos por Rolando y el duque de Guisa, empujábanse unos á otros á la entrada de la escalera sumida en las tinieblas; y era tal la confusión entre ellos que no acertaron á observar cómo á favor de la obscuridad se les incorporaban cuatro personas que no habían tomado parte en la lucha contra los truhanes, pues llegaron hasta allí por un camino desconocido. Era el grupo compuesto por Fiamma, Sed de Amor, Cortansio, y Gaultfaraut, su prisionero.

Un momento después volaba hecha astillas la puerta de la antecámara, y Rolando se precipitaba sobre el gran marqués, gritando como un energúmeno:

— ¡Salvad, por Dios, al rey! Yo tengo al traidor.

Veinte manos de mercenarios apoderáronse al oír esto de la persona del rey, á quien la rabia ahogaba y lo encerraron en su tocador, en el que se encontraban en aquel entonces la duquesa de Montpensier, rebosante de alegría, y el señor Amilcar Santi muerto de miedo.

Entonces sucedió una cosa extraña. El intrépido vencedor de Jacobo de Armañac no trató de prestar auxilio á su regio amo, á quien sin embargo había prometido defender. Lejos de esgrimir el acero para dar muerte al ofensor de Enrique, pudo vérselo encogido, como si se hallase próximo á desfallecer, hasta que sus manos se unieron suplicantes, en ademán de inenarrable cobardía.

El duque Rolando, que no acertaba á comprender actitud tan extraordinaria, contemplaba atónito el guñapo humano que se plegaba dócil entre sus garras poderosas, cuando llegó Gaspar Mouvette que precedía á distancia á las tropas de la reina madre, y que, siempre en carácter, habíase adelantado para espiar lo que pudiese.

Al ver á Rolando en actitud de molestar al gran marqués, el espía se apresuró á deshacer el equívoco.

— Me parece, señor duque, — dijo, — que andáis equivocado. El señor de Villanueva-Marsan vive y está aquí, lo sabemos, pero no es éste. Éste no es más que...

— Su caricatura, ¡cuerpo de Baco! — exclamó Rolando riendo de buena gana. — Mi señor suegro es doble, según parece.

— Éste es Gaultfarault; — terminó el policía.

Rolando rechazó entonces rudamente á su víctima, preguntándole al mismo tiempo :

— ¿Cómo es que no te has presentado en el Hotel de Nesle, á pesar de habésete dado la orden de hacerlo así? ¡Contesta!

— Vine, señor; — balbuceó el falso gran marqués. — Y estaba ya al llegar, cuando un hombre terrible que se me parece mucho, me rompió el brazo entre sus dedos de hierro y me hizo entrar aquí.

Un murmullo se elevó entonces entre los circunstantes.

— No hay duda; — decían. — Villanueva-Marsan no ha muerto, como se dijo.

Montluc acababa de fijarse en el cadáver vestido de rojo.

— ¿Eres tú quien ha matado á Mammouth el mago? — preguntó al falso marqués.

— ¿Yo? ¡Qué disparate, Señor! Quien lo ha matado es el otro.

El duque Rolando, con los ojos exorbitados, y acordándose de lo ocurrido con él en el Priorato del Cuenco, creyó llegada la ocasión de tomar venganza.

— ¿Sabes dónde está? — preguntó al llorón sacudiéndole con fuerza.

— ¿Dónde está? ¡Cuerda y miseria! ¿Cómo queréis que yo lo sepa, infeliz de mí?

Durante esta escena encontrábanse presentes á la misma no solo los oficiales de las compañías extran-

teras, si que también todos aquellos señores ávidos de puestos y de dignidades á quienes vimos asistir al gran consejo del duque de Guisa. Y éstos sintiéronse molestos al escuchar la contestación negativa de Gaultfarault. ¿Por qué? Sencillamente porque si el gran marqués estaba en la torre de Nesle — y la muerte de Mammouth el rojo parecía legitimar esta hipótesis — su sola presencia podía ser bastante para que abortase el proyecto de complot que presentábase bajo buenos auspicios.

Además, ¿en virtud de qué misteriosa complicidad habían desaparecido los guardias y favoritos del rey, precisamente en el momento en que su presencia hubiese sido tan necesaria al monarca? ¿Qué ocurría, en aquel mismo instante en el tocador, entre Enrique de Valois y la intrépida Dalila-Montpensier?

Hacíase preciso salir de dudas.

— ¡Por todos los diablos! — gritó el duque de Guisa oprimiendo la garganta del falso gran marqués. — Hemos llegado aquí para castigar al hombre que se ha atrevido á poner su mano criminal en nuestro soberano. Hay que acabar de una vez.

Disponíase á apretar, cuando Rolando detuvo su movimiento homicida.

— ¡Esperad, cuerpo de Baco! Antes de despachar á éste sería preciso saber donde podemos encontrar al otro, al verdadero...

— ¡Aquí está el verdadero! — rugió de pronto la voz gruesa de Matraca que entraba en aquel instante, y que de un puñetazo vigorosamente aplicado envió hasta el

centro del grupo al digno anfitrión de Fargas y de *Tuétano*.

La casualidad había hecho que el bearnés bajase la escalera en el momento en que Fiamma y sus compañeros llegaban al segundo descansillo, y la vista del prisionero de Sed de Amor habíale inspirado aquel arranque de genio.

— ¡Ya decía yo que era él! — gritó Rolando, triunfante. Y añadió dirigiéndose á Gaspar Mouvette, quien se hallaba preparado para desembarazarse de un solo golpe del único testigo comprometedor de las villanías de la Médicis. — ¡Hiere, hiere!

Gaultfarault quiso hurtar el cuerpo al puñal de Mouvette; pero entre él y la puerta interponíase el grupo de los que acababan de llegar.

— ¡Gracia, piedad, asilo! — imploraba el hombre lamentablemente. Y hubiera continuado sin duda alguna sus geremiadas, si una estocada que Rolando le dirigió á la garganta no le hubiese cortado al parecer la voz para siempre. Gaultfarault, rey de Thunes, llevó ambas manos á su cuello y cayó como una masa sobre las baldosas, quedando inmóvil enseguida.

— ¡Al rey! — dijo Rolando. — Al rey ahora, que Villanueva ha muerto.

— Todavía no; — le contestó una voz sonora. — Por no faltar á tu costumbre acabas de mentir, bandido disfrazado.

Volviéronse todos los presentes para ver al que así hablaba, y quedaron estupefactos al observar que cerca de la puerta del tocador aparecía la figura del gran

marqués, amenazador, hierático, terrible. Llevaba un jubón de corte, lleno de sangre, y á sus pies aparecía, con el cráneo abierto, el cadáver de Gaspar Mouvette.

Un instante de inatención de los conspiradores había bastado para operar aquel cambio en la situación. Jacobo de Villanueva-Marsan, abandonado por los que se arrojaron sobre Gaultfarault, apresuróse á despojarse de su manto, y hecho esto, había abierto la cabeza al instigador de su larga agonía en el castillo de Vincennes.

Pero el estupor de que hablamos duró poco. Al duque de Guisa no le era permitido vacilar acerca de las resoluciones violentas que debían adoptarse, como tampoco á Rolando, que acababa de ser tratado de bandido. Ambos hablaron al mismo tiempo, trémulos, cegados por la cólera.

— ¡Vivo! ¡Ha de caer vivo en nuestras manos ese regicida!

El gran marqués sonreía, desdeñoso.

— ¿Por qué no venís á apoderaros de mi persona?

— les dijo.

En un momento vióse rodeado de enemigos amenazadores, de los que los más próximos á él hubieron de retroceder enseguida para eludir los efectos de un terrible molinete ejecutado por el marqués con rapidez asombrosa.

Pero eran demasiados: cuarenta por lo menos. Luchar contra todos era una locura. Comprendiéndolo así, el gran marqués lanzó un llamamiento desesperado.

— ¡A mí, mi hijo Bernardo! ¡A mí, mis apóstoles!
¡A la rama de muérdago, por el rey!

— El hombre se sirve de nuestro grito de guerra; —
dijo Montluc, mientras el duque de Guisa reía.

— Pues por mi fe que no ha de quejarse de nosotros,
— dijo — si en realidad reclama nuestro auxilio.

— No es el nuestro el que reclama monseñor, sino el
del aventurero entortador.

— Pues como si no lo reclamara, porque supongo
que á ése lo rematariais, y por lo tanto no es fácil que
venga. Conque vamos, señores, vamos con éste.

La masa de salteadores acorraló al gran marqués en
un ángulo. Ya sabemos que era un terrible adversario.
Sin embargo, debilitado por la pérdida de sangre, y
ocupando el centro de un círculo de espadas, puñales
y arcabuces, no tenía otra esperanza de salvación que
la de un auxilio improbable, y veía su muerte como
segura. Pero él no se reconocía el derecho de morir, y
en su fuero interno hubo de pensar en aquella hora
suprema en que le era indispensable rechazar á los
asesinos de Enrique III. Por eso volvió á llamar con
voz tonante:

— En nombre de tu Glorieta, caballero, ¡venga tu
espada cuanto antes!

Y sin dejar de gritar, ejecutaba paradas prestigiosas,
mientras que sus enemigos, seguros del triunfo, pare-
cía como que se complacían en prolongar la lucha,
homérica por parte del marqués.

Una voz vibrante dominó de pronto el tumulto del
desigual combate.

— ¡Arma! ¡Arma! — gritaba aquella voz.

Luego una borrasca, un cataclismo. Algo tan rápido
y tan asolador como una tromba.

Apartados con violencia por el paso de un bólido
fulgurante, mercenarios y trabucaires, rodaron á dere-
cha é izquierda por el suelo, mientras que ensartado
literalmente en gigantesco espadón el barón de Tournemire
vióse levantado del suelo. El diabólico recién lle-
gado apresuróse á arrojar este cadáver sobre el grupo
que formaban los más encarnizados. El grupo se
deshizo al recibir el choque, como si en vez de un
cuerpo humano hubiesen lanzado contra él una cata-
pulta. Por el camino abierto de este modo, camino que
hubo de ensanchar algo más aún gracias á un rápido
molinete, pudo llegar Sed de Amor hasta donde estaba
el marqués, colocándose á su lado.

Su grito de guerra, ya conocido de los parisienses,
sembró la desconfianza, precursora del pánico, entre
los partidarios del de Guisa, del mismo modo que hubo
de aturdirles lo imprevisto de su ataque.

Además de Tournemire muerto, tres soldados agoni-
zaban, vomitando sangre. Pero ni el duque ni Rolando,
acostumbrados á las escenas de carnicería, eran
hombres capaces de permanecer inactivos cuando se
repartían mandobles, y pasado el primer instante de
sorpresa, reaccionaron enseguida.

— ¡Vamos á ver quién se gana la prima! — gritó el
duque de Guisa, llameante el rostro de feroz alegría. —
He aquí el aventurero cuya cabeza se paga á presenta-
ción, señores, y está solo!

— ¡Solo, — repitió el duque de Nemours, — porque el viejo no cuenta! ¡Carguemos!

Otra vez se formó el círculo de hierro, aislando al marqués y á Sed de Amor de las personas que poco antes acompañaban á este último.

Fiamma murmuró al oído de Matraca :

— ¡Pronto, pronto! Si es que quieres salvar á tu amo, corre en busca de tus compañeros.

Y mientras que el grueso bearnés se apresuraba á obedecerla, habiéndose percatado de la presencia allí del cuerpo de Mammoth el rojo, la joven lanzó una exclamación de dolorosa sorpresa corriendo enseguida á arrodillarse junto al que fuera en vida más aún que su amo, un fiel amigo suyo.

— Maestro, — murmuraba levantando la cabeza del muerto para besarla en la frente. — Tú me prometiste, buen maestro, revelarme esta misma noche quién soy yo... ¿Cómo has podido engañarme? Vuelve en ti, te lo suplico, cumple tu juramento... Resucita si es preciso, para mantener tu palabra...

Arrastrada por el dolor que parecía querer desequilibrar sus facultades mentales, quiso Fiamma tomar una mano de su protector, y he aquí que al hacerlo sus pupilas se dilataron demesuradamente. De la mano cerrada del muerto, acababa de escaparse un papel doblado.

— El maestro me contesta; — pensó la fatalista. — Dios es grande.

Un momento después, luego de leído rápidamente el papel, la joven comenzó á temblar, mientras que su hermoso semblante palidecía densamente.

— ¡Él, — murmuraba — él hermano mío!

— Señor, Señor, ¿cómo no he de comprender mi horóscopo ahora que sé que soy hija y hermana de tales monstruos? Gracias, maestro Te obedeceré.

Mientras tanto Rolando había ordenado la carga, y los suyos cargaban aunque sin gran entusiasmo. Los mercenarios ocuparon al principio los primeros puestos; pero poco á poco habían dejado pasar delante á los gentileshombres y oficiales, porque muchos de los suyos yacían ya con los cráneos hendidos ó los vientres abiertos.

— Este hombre es un demonio; — había dicho uno.

— Vamos á quedar aquí todos.

En realidad la espada de Sed de Amor, semejante á la del ángel exterminador, se hallaba en todas partes á la vez, cumpliendo una tarea terrible é inverosímil. Y como no bastara al joven la derecha mano, hubo de tomar con la izquierda la cabellera de un soldado aplastándole el cráneo contra la pared. No era un hombre, sino un león : un león furioso, y en torno suyo corría á torrentes la sangre.

El gran marqués, extenuado, con la mano crispada sobre el pecho que le ardía, imposibilitado de defenderse, contemplaba al joven con admiración profunda, y pensaba emocionado :

— Dijérase que es su padre... ¡Ah, si Jacobo hubiese querido!...

Un soldado alemán gritó de pronto :

— ¡Sálvese el que pueda!

Todos los mercenarios quisieron huir; pero ya era

tarde. En aquel momento abriase la puerta, dando paso á un grupo de nuevos combatientes, los apóstoles, á la cabeza de los cuales brincaba alegre *Diógenes*, cuyos colmillos debían hacer heroicidades, seguido del gigantesco Cortomontel, quien entró en la danza llamando á sus difuntos bandidos: ¡Miseria! ¡Cabillos! ¡Jengibre!... ¡Atención, corderitos! ¡Vaya un atolladero! Esto sí que es el festín de las sardinas con pelo...

En la espantosa confusión que hubo de seguir á la llegada de tan oportuno refuerzo, Sed de Amor llegó á encontrarse cara á cara con Enrique de Guisa. Los dedos nerviosos del heroico joven adhirieron como los tentáculos de un pulpo á la garganta del príncipe, á quien derribó en el acto.

— Ordena á los tuyos que depongan las armas — dijole poniéndole una rodilla en el pecho, ó cuéntate con los difuntos.

La puerta del tocador del rey se abrió en este preciso instante, apareciendo en el vano de la misma la duquesa de Montpensier.

— ¡Señor, señor, — gritó al ver al duque en trance tan apurado, — salvad á mi hermano!

Todos los actores de la terrible escena detuviéronse confusos, asustados. Enrique de Valois fué en derecha á Sed de Amor.

— Atrás, amigo mío, — dijo tocando el brazo del joven — ¿ó es que pretendes dejar tuerto también á mi real primo?

— Prefiero darle de estocadas, — dijo Bernardo — que verle conducirse mal con vos, señor.

— Allivo es tu lenguaje, joven, por la santa misa. ¿Quién eres pues, para hablar tan recio?

Lleno de confusión y temblando de rabia, el de Guisa, apenas libre, ordenó la retirada, haciendo enseguida su sumisión.

— He aquí un terrible camarada, — atrevióse á decir señalando á Bernardo — al que yo quisiera contar entre los míos, aun al precio de una provincia.

— Ese hombre no se vende; — interrumpió el gran marqués.

— Silencio, Gaultfarault; — ordenó el duque. — Ya sabemos que desempeñas bien tu papel de gran marqués.

Al oír pronunciar su nombre, el rey de Thunes, que permanecía inmóvil, muerto al parecer entre los demás caídos, levantóse presuroso, preguntando:

— ¿Quién es, vamos á ver, el que se atreve á insultar á mi majestad?

El rey lo miró asombrado.

— ¿Es ese tipo el que pretendía reemplazarte, marqués? preguntó al de Villanueva.

— Sí, señor, y ¿por qué no? — dijo Gaultfarault contoneándose. — Ese hablador de Gaspar Mouvette, que el diablo guarde junto á sí largo tiempo, habíame dado á escoger entre el marquesado y la horca. Yo escogí el marquesado. Puesto en mi lugar, vos, mi real primo, habríais obrado como yo lo hice.

El rey reía de buena gana.

— La verdad es, dijo luego — que este cómico se te parece bastante, marqués, aunque se me antoja más.

divertido que tú. Pero aún no se me ha dicho el nombre del joven esgrimista bajo cuya rodilla ha gemido gallardamente el señor de Lorena.

La voz del gran marqués se veló un tanto al pronunciar con honda emoción estas palabras :

— Señor, yo puedo juraros por mi honor que ese joven es el hijo único del conde Jacobo de Armañac, duque de Saboya-Nemours, y de Blanca de Vertu, su esposa.

Carlos de Entragues, que había entrado con los que llegaron en último término se adelantó entonces hacia Bernardo, estrechando sus manos efusivamente.

— He aquí explicada la simpatía que me merecisteis desde que os vi por vez primera. Mi hermano fué amigo inseparable de vuestro heroico padre.

Enrique III miraba en tanto con extrañeza en torno suyo.

— No lo comprendo; — dijo al gran marqués. — Pero después de haber visto al falso Villanueva, no me desagradaría ver ahora al falso Armañac, junto al verdadero... ¡A ver, que me busquen al duque Rolando!

XVI

MADRE É HIJO

Pasaron algunos momentos antes de que nadie pudiera contestar á la pregunta del rey.

Varias de las personas allí presentes habían visto cómo el primer gentilhomme de la cámara se eclipsaba en compañía de un personaje cuya presencia llenábase de horror; pero nadie se atrevía á confesar lo que acababa de ver por temor á contrariar al monarca.

Por otra parte, aun cuando habíanse ya retirado los partidarios de Guisa, el saloncillo veíase lleno de gente que acudía á felicitar á Enrique III por haber salido con bien del apurado trance en que acababa de ponerle su primo y rival, el otro Enrique. Llegaron primero los miñones, puestos al fin en libertad; luego Luisa de Lorena, la reina, acompañada de todas las damas que estuvieron antes con ella en el salón azul del Hotel de Nesle; y por último alguien anunció la llegada inminente de Catalina de Médicis.